Devaluación de la sociedad del bienestar

ANTONIO HERNÁNDEZ JEREZ
CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

Si no salvaguardamos la ética del bien común y la justicia social la historia se encargará de pasarnos factura

En la agonía y duelo por el estado del bienestar despertamos del sueño embriagador en que estábamos sumidos y nos encontramos con estados pretéritos de fragilidad social. Creíamos que la conquista histórica de derechos sociales era un proceso irreversible y no es así, pues precisa de una base económica sostenible que no ha sido bien gestionada. España no tiene dinero para preservar esas conquistas ni tampoco se lo prestan fácilmente en el exterior; la famosa 'prima de riesgo' es el resultado de las dudas y desconfianzas de nuestros acreedores que desde principios de siglo veían cómo gastábamos más de lo que éramos capaces de pagar.

Cuando los recursos financieros se ven amenazados, como ocurre en la actualidad con los ajustes fiscales, tenemos dos posibilidades: reducir gastos o aumentar los ingresos vía impuestos. Lo primero ataca al estado del bienestar y lo segundo incrementa la precariedad de los sectores más vulnerables. Pero ambas cosas a la vez estrangula economía y produce malestar social.

Los sacrificios sociales empezaron en 2009 al endurecerse gradualmente el acceso a las pensiones públicas y arreciaron a partir de 2010, con la bajada de sueldos a funcionarios y la congelación de las pensiones. En 2012 se acentuaron al subir impuestos directos (IRPF) e indirectos (IVA), recortar pagas extraordinarias y reducir el gasto en políticas públicas y prestaciones sociales. Todo ello bajo los dictados de Bruselas que consagran el fundamentalismo económico de la estabilidad fiscal y los ajustes presupuestarios. O nos plegábamos a esta doctrina o nos dejaban quebrar; lo primero ha sido nefasto y lo segundo hubiera sido desastroso. Ceder soberanía a Europa tiene ventajas, pero también riesgos.

Con las medidas de austeridad y la especulación sobre la deuda, España, como otros países sacudidos por la codicia de los mercados financieros, deviene en más pobreza, desigualdad y falta de cohesión social. Así no se puede vertebrar un país moderno y solidario. Al no poder devaluar la moneda, ya que no es exclusivamente nuestra, la única salida que nos han impuesto para superar la crisis ha sido degradarnos de clase social y ofrecernos peores servicios públicos y más caros. Poco a poco estamos perdiendo 'por decreto' derechos sociales y servicios básicos, como ocurre con la sanidad, la educación y las pensiones, los tres pilares básicos del Estado del Bienestar. El cuarto, los servicios sociales, al ser más reciente y no haberse desarrollado del todo no se ha asimilado como derecho social, aunque su pérdida no pasa desapercibida. Eso sí, el sector público, con el gigantesco conglomerado de empresas públicas, fundaciones, consorcios y el ejército de asesores políticos a todos los niveles de la Administración (general, autonómica y local), con mejor nómina que formación académica y gestión, queda al margen de los ajustes o se retocan tímidamente por mera cuestión de imagen. Por ahí tendría que haber incidido el bisturí de los recortes.

:: GASPAR MEANA

La crisis económica ha desenmascarado la fragilidad del sistema financiero y su capacidad para condicionar el poder político, demostrando sin tapujos que la soberanía del Estado ya no descansa en el pueblo sino en el 'mercado' (llamado también 'inversores'). La Unión Europea supervisa estrechamente nuestra política económica y condiciona su ayuda a más sacrificios, pero estos no recaen en los políticos y banqueros, verdaderos artífices de la crisis y procuradores del poder. Las víctimas reales y propiciatorias son los ciudadanos y la democracia. Los primeros porque se están empobreciendo a base de subida de impuestos, bajada de salarios y desempleo, una suerte de liquidación de la clase media que se convierte en clase baja, marginada socialmente y víctima de las miserias propias de esta condición. La democracia también se resquebraja, pues aumenta la desconfianza de los ciudadanos en las instituciones y en su funcionamiento y la clase dirigente pierde legitimidad social por su divorcio unilateral con el pueblo que los ha elegido y por prostituir su confianza.

¿Por qué las oligarquías políticas y económicas, en gran medida incompetentes y corruptas por su falta total de sentido ético, salen siempre vencedoras? ¿Por qué el ciudadano de a pie tiene que cargar con sus errores y codicias? En el mundo actual los representantes políticos deben rendir cuentas a la sociedad y mostrar transparencia, aunque en la práctica lo sustituyen por su docto manejo en las artes prestidigitadoras con las que pretenden embaucarnos. Deberían reflexionar serenamente y recordar que su poder es efímero y finito, cedido por el pueblo en un contrato social que tiene como contrapartida el interés general de la sociedad, no sus beneficios personales o intereses partidistas. Si no salvaguardamos la ética del bien común y la justicia social la historia se encargará de pasarnos factura. Como dice el Pontífice Francisco, el desafío ético de la sociedad se torna en un desafío histórico.

Las decisiones políticas tomadas en el convulso contexto de la crisis económica y social están llevando a cambios estructurales que pueden culminar con la reformulación de un nuevo 'contrato social' en el que el Estado cede espacio a los mercados en detrimento de la participación ciudadana. ¿Resistirán los cimientos de la sociedad civil esta crítica situación o estamos dando paso a una nueva época histórica? Aunque los que ostentan el poder expriman la pasividad acomodaticia e indiferencia egoísta de los ciudadanos, no deberían descartar que una vez liquidados los estabilizadores automáticos de la sociedad (la familia y el Estado del Bienestar) germine un movimiento social de alcance histórico. ¿Nos hemos olvidado ya de las revoluciones sociales? Convendría releer el segundo 'Tratado sobre el gobierno civil' de John Locke. Es cuestión de tiempo que dicho movimiento adquiera suficiente masa crítica; sin embargo, el espejismo de la incipiente recuperación económica puede frustrarlo. El aclamado cambio de ciclo debería tener repercusiones no solo económicas, también políticas.

Lluvia de estrellas

EMILIO DE SANTIAGO

Son casi las tres de la madrugada y aún estoy en la terraza de casa mirando atentamente la bóveda celeste. Leí en algún sitio que es a esta hora cuando mejor pueden contemplarse esos miles de estrellas fugaces atravesar el ónice profundo de la caliginosa noche agostiza. Y es cierto. Atinaron los astrónomos. Tienen estas fulgurantes y breves centellas celestes un bello nombre científico y un piadoso remoquete popular no menos agraciado, pues que, indistintamente, se las nombra Perseidas o 'Lágrimas de San Lorenzo'. Cuando niño, me advirtió mi madre, a la manera de quien confiaba a su retoño una oculta ciencia astrológica, que, cuando un desbocado meteoroide (¡horrísono palabro!) de estos cruza el cielo y se desintegra con un estallido de luminoso polvo estelar, es oportuno pedir un deseo, porque seguramente se cumplirá en plenitud. Claro está, la ingenuidad no es cosa que me haya sido ajena nunca, desde la añorada infancia del ayer lejano a la canosa actualidad del duro presente. O sea, de siempre, me he creído todas esas leyendas, al igual que me he creído tantas otras consejas y supersticiones bastante más burdas (¡que sí, créanme amables lectores, que no soy tan sabido ni tan refitolero como aparento ser con mi estudiada labia literaria!). Me entusiasman los viejos refranes del pueblo llano, sus dichos, sus coplillas, su retranca filosófica y sentenciosa preñada de sabiduría silvestre. Tuve, en mi niñez, una excepcional maestra en estos saberes de arte menor, en esta magia casera de estrelleros de lance que tanta poesía encierra, tanto ingenio pintoresco.

El infinito ámbito del misterioso Cosmos da para mucho, desde cualquiera que sea la perspectiva que lo contemplemos, incluso la más párvula, la más humilde. Esa inmensa bóveda enigmática es la imagen poderosamente evocadora de algo que durante toda mi existencia he soñado con alcanzar o, cuando menos, transitar en una suerte de onírico paseo espacial por el profundísimo silencio sidéreo, el interminable éter que cae fuera del tiempo terrestre, la orgía de luminarias, titilantes y lejanísimas. Allí donde, en un galvánico, divino instante amoroso, principió la Creación... La imagen de las 'vague stelle dell'Orsa' de los 'Cantos' de Leopardi me impresionaron muy hondo cuando experimenté la compleja adolescencia que sufrimos los poetas escondidos y secretos, los que vivimos el poema en el tembloroso silencio cordial, cual si se tratara de un mágico suspiro prolongado y lleno de armonía. Mirar al cielo es un ejercicio, por disímil que pueda parecerlo, de tremenda interiorización. Existe un punto de semejanza entre ese universo exterior e infinito y algo tan íntimo como lo que reposa en el hondón del alma, en el teresiano recóndito lugar del espíritu donde la voluntad humana no opera y Dios escribe nuestro personal destino con trazos de inescrutable arcano.

Hace apenas un segundo, acabo de ver una subitánea ráfaga de Perseidas que he creído lágrimas de fuego venidas de cimas elevadísimas, desde muy remotas cumbres galácticas. Se me antojó un llanto estival del Universo, pero no transido de opaca tristura, sino de luciente euforia cósmica, pues que de tal soñadora esperanza está hecha la savia generosa del árbol la Vida. Tranquilamente, me he tumbado sobre la hamaca de mi terraza. Rápido, la mirada fija en la inmensa vastedad de un vergel de ébano, he dado en ponerme a rogar que se cumplan mis deseos más fervientes... Parpadeantes, mínimas, innumerables, veloces flores de luz son mis cómplices.